pulgarcita

por Michel Serres

de la Academia francesa

París: Manifiestos le Pommier, 2012

traducción hecha por luis alfonso palau c. para su presentación en la Mediateca "A. Rimbaud" de la Alianza francesa del parque de san Antonio, medellín, marzo 19 de 2013.

Para Helena,

formadora de los formadores de Pulgarcita,

oyente de los oyentes de los Pulgarcitos.

Para Jacques, poeta,

que los hace cantar.

1. Pulgarcita

Antes de enseñar cualquier cosa a quien sea, al menos es necesario conocerlo. ¿Quién entra hoy a la escuela, al colegio, al liceo, a la universidad?

I

Novedades

Este nuevo escolar, esta joven estudiante nunca ha visto un ternero, una vaca, un marrano ni una pollada. En 1900, la mayoría de los humanos en el planeta se ocupaban de la labranza y del pastoreo; en 2010, Francia como los países análogos, ya sólo cuenta con el uno por ciento de campesinos. Sin duda es necesario ver acá una de las más inmensas rupturas de la historia, desde el neolítico. Antaño referida a las prácticas geórgicas, nuestras culturas de repente cambiaron. Pero en el planeta aún seguimos comiendo de la tierra.

Aquella o aquel que os presento ya no vive en compañía de los animales, ya no habita la misma Tierra, no tiene pues la misma relación con el mundo. Ella o él ya sólo admiran una naturaleza arcadiana, la del ocio o del turismo.

Habita en la ciudad. Sus predecesores inmediatos, en más de la mitad, vivían en los campos. Pero, ya que se ha vuelto sensible a las cuestiones del entorno, prudente, polucionará menos que nosotros, adultos inconscientes y narcisistas.

No tiene ya la misma vida física, ni el mismo mundo en número, dado que la demografía repentinamente ha saltado, en el tiempo que dura una vida humana, de dos a siete mil millones de humanos; habita un mundo lleno.

Allá en Francia, su esperanza de vida es al menos de ochenta años. El día de su matrimonio, sus bisabuelos se habían jurado fidelidad por apenas diez años. Que él o ella busquen vivir juntos ¿será que acaso lo van a jurar por sesenta y cinco años? Sus padres a los treinta años heredaban, ellos esperarán la vejez para recibir ese legado. No tienen la misma vida, no viven ya las mismas edades, no conocen ya ni el mismo matrimonio ni la misma transmisión de bienes.

Yendo para la guerra, flor o fusil, sus padres ofrecían a la patria una esperanza de vida breve; ¿corren aquí lo mismo teniendo ante sí la promesa de seis decenios?

Desde hace sesenta años —intervalo único en la historia occidental— ni él ni ella han conocido la guerra, y pronto ni sus dirigentes ni sus maestros.

Beneficiarios de una medicina por fin eficaz y, en farmacia, de los antiálgicos y de anestésicos, estadísticamente hablando han sufrido menos que sus predecesores. ¿Han tenido hambre? Ahora bien, ya fuera religiosa o laica, toda moral se resumía en ejercicios destinados a soportar un dolor inevitable y cotidiano: enfermedades, hambre, crueldad del mundo.

No tienen pues ni el mismo cuerpo ni la misma conducta; ningún adulto ha sabido ni podido inspirarles una moral adaptada.

Mientras que sus padres fueron concebidos a ciegas, su nacimiento fue programado. Como, para el primer niño, la edad media de la madre ha progresado entre diez y quince años, los padres de los alumnos han cambiado de generación. Para más de la mitad, sus padres ya se han divorciado. ¿Han dejado a sus hijos?

Ni él ni ella tienen pues la misma genealogía.

Mientras que sus predecesores se reunían en clases o en anfiteatros homogéneos culturalmente, ellos estudian en el seno de un colectivo donde se codean de aquí en adelante muchas religiones, lenguas, proveniencias y costumbres. Para ellos y sus docentes, el multiculturalismo es de regla. ¿Durante cuánto tiempo más tendrán que cantar el innoble "sangre impura" <de la marsellesa>, de algún extranjero?

Ya no tienen el mismo mundo mundial, tampoco el mismo mundo humano. En torno a ellos las hijas y los hijos de inmigrantes, venidos de países menos ricos, han vivido experiencias vitales inversas a las suyas.

Balance temporal. ¿Qué literatura, qué historia comprenderán ellos, felices, sin haber vivido la rusticidad, los animales domésticos y la cosecha de verano, diez conflictos, heridos, muertos y hambrientos, cementerios, patria, bandera ensangrentada, monumentos a los muertos..., sin haber experimentado en el sufrimiento, la urgencia vital de una moral?

II

Esto por el cuerpo; ahora veamos para el conocimiento.

Sus ancestros fundaban su cultura en un horizonte temporal de algunos miles de años, adornado por la antigüedad grecolatina, la Biblia judía, algunas tabletas cuneiformes, una corta prehistoria. De acá en adelante en miles de millones de años, su horizonte temporal se remonta a la barrera de Planck, pasa por la acreción del planeta, la evolución de las especies, una paleo-antropología millonaria.

Dado que no habitan el mismo tiempo, viven otra historia.

Han sido formateados por los *media*, difundidos por adultos que meticulosamente han destruido su facultad de atención al reducir la duración de las imágenes a siete segundos y el tiempo de las respuestas a las preguntas a quince segundos, según las cifras oficiales; en los que la palabra más repetida es "muerto" y la imagen más frecuente la de los cadáveres. Desde los doce años, estos adultos los fuerzan a ver más de veinte mil asesinatos.

Están formateados por la publicidad; ¿cuántas cosas de las que les enseñamos en español en las clases, están desmentidas permanentemente en los anuncios publicitarios?

Nosotros los adultos hemos transformado nuestra sociedad del espectáculo en una sociedad pedagógica cuya competición aplastante, vanidosamente inculta, eclipsa la escuela y la universidad. Para el tiempo de escucha y de visión, la seducción y la importancia, los *mass-media* se han apoderado desde hace tiempo de la función de enseñanza.

Los maestros se han vuelto los menos escuchados de todos esos institutores. Criticados, despreciados, vilipendiados, puesto que pobres y discretos... ante esos otros institutores dominantes, ricos y bulliciosos.

Estos muchachos habitan pues lo virtual. Las ciencias cognitivas muestran que el uso de la red, la lectura o escritura al pulgar de los mensajes, la consulta de Wikipedia o de Facebook, no excitan las mismas neuronas ni las mismas zonas corticales que el uso del libro, del ábaco o del cuaderno. Pueden manipular muchas informaciones a la vez. No conocen, ni integran, ni sintetizan como nosotros, sus ascendientes.

No tienen pues la misma cabeza.

Por teléfono celular acceden a todas las personas; por GPS a todos los lugares; por la red, a todo el saber; frecuentan pues un espacio topológico de vecindarios, mientras que nosotros habitamos un espacio métrico, referido por distancias.

Ya no habitan el mismo espacio.

Sin que nos demos cuenta, un nuevo humano nació, durante un intervalo breve, ese que nos separa de los años 1970.

Él o ella no tiene el mismo cuerpo, la misma esperanza de vida, no se comunica más de la misma manera, no percibe ya el mismo mundo, no vive en la misma naturaleza, ya no habita el mismo espacio.

Nacido bajo epidural y con nacimiento programado; teniendo cuidados paliativos no le teme a la misma muerte.

Al no tener la misma cabeza de sus padres, él o ella *conoce de otra manera*.

Escriben de otra manera. Al observarlos, con admiración, enviar más rápidamente de lo que yo nunca podría hacerlo con mis gordos dedos, enviar (digo) SMS con los dos pulgares, los he bautizado —con la más grande ternura que pueda expresar un abuelo— Pulgarcita y Pulgarcito. Este es su nombre, más bonito que la vieja palabra, pseudo-científica, de *dáctilo*.

No hablan la misma lengua. Desde Richelieu, la Academia francesa publica, más o menos cada cuarenta años, para referencia, el *Diccionario* de la nuestra. En los siglos precedentes la diferencia entre dos publicaciones se establecía en torno a cuatro o cinco mil palabras, cifra más o menos constante; entre la precedente y la próxima, será de alrededor de treinta y cinco mil.

A este ritmo, se puede adivinar que, en pocas generaciones, nuestros sucesores podrían encontrarse tan separados de nosotros como nosotros lo estamos del antiguo francés de Chrétien de Troyes o de Joinville. Este gradiente da una indicación casi fotográfica de los cambios que describo.

Esta inmensa diferencia, que afecta a la mayor parte de las lenguas, tiene que ver en parte con la ruptura entre los oficios de los años recientes y los actuales. Pulgarcita y su amigo no se desloman en los mismos trabajos.

La lengua cambió, el trabajo mutó.

III

El individuo

Mejor aún, helos convertidos en individuos. Inventado por san Pablo, a comienzos de nuestra era, el individuo acaba solamente de nacer por estos días. De antaño hasta hace poco vivíamos de pertenencias: colombianos, católicos, judíos, protestantes, musulmanes, ateos, antioqueños o costeños, afortunados o indigentes, mujeres o varones... pertenecíamos a regiones, a religiones, a culturas, rurales o urbanas, a equipos, a comunas, un sexo, una parlache, un partido, la patria. Por los viajes, las imágenes, la red, las guerras abominables, esos colectivos han explotado casi todos.

Los que subsisten se deshilachan.

El individuo ya no sabe vivir en pareja, se divorcia; no sabe mantenerse en clase, se mueve y conversa; no se reza en la parroquia; los futbolistas ya no saben conformar una selección; ¿saben nuestros políticos aún construir un partido plausible o un gobierno estable? Se dice por todas partes que han muerto las ideologías; son más bien las pertenencias que ellas reclutaban las que se han desvanecido.

Este individuo recién nacido anuncia más bien una buena nueva. Si balanceamos los inconvenientes de lo que los viejos gruñones llaman "egoísmo" y los crímenes de guerra cometidos por y para la *libido* de pertenencia —centenares de millones de muertos—, quiero con amor a estos muchachos.

Dicho esto, queda por inventar nuevos lazos. Testimonio de ello el reclutamiento de Facebook, casi equipotente con la población del mundo.

Como un átomo sin valencia, Pulgarcita está desnuda. Nosotros, adultos, no hemos inventado ningún lazo social nuevo. La empresa generalizada de la sospecha, de la crítica y de la indignación contribuyó más bien a destruirlos.

Rarísimas en la historia, estas transformaciones que yo llamo "*hominescentes*", crean (en medio de nuestro tiempo y de nuestros grupos) una grieta tan ancha y tan evidente que pocas miradas la han medido en su verdadero tamaño, comparables con aquellas, visibles, en el neolítico, a comienzos de la era cristiana, a fines de la Edad Media y en el Renacimiento.

En el borde de abajo de esta falla, tenemos a los muchachos a los que pretendemos darles enseñanza, en el seno de marcos que datan de una época que ya no reconocen; edificios, cursos de recreación, aulas de clase, pupitres, tableros, anfiteatros, *campus*, bibliotecas, laboratorios, incluso saberes... marcos que datan, digo, de una edad y adaptados a una era en la que los hombres y el mundo eran lo que ya no son.

Hagámonos por ejemplo tres preguntas.

IV

¿Qué transmitir?
¿A quién transmitírselo?
¿Cómo transmitirlo?

¿Qué transmitir? ¡El saber!

Antiguamente y hasta hace poco, el saber tenía como soporte el cuerpo mismo del sabio, del aedo o del brujo. Una biblioteca viviente... eso era el cuerpo enseñante del pedagogo.

Poco a poco el saber se objetivó primero en rollos, en vitelas o pergaminos, soporte de escritura; luego, desde el Renacimiento, en los libros de papel, soportes de la imprenta; finalmente, hoy, en la red, soporte de mensajes y de información.

La evolución histórica de la pareja soporte-mensaje es una buena variable de la función de enseñanza. De repente, la pedagogía cambió al menos tres veces: con la escritura, los griegos inventaron la *paideia*; tras la imprenta, pulularon los tratados de pedagogía. ¿Hoy?

Repito. *¿Qué transmitir? ¿El saber? Pero cómo si está por todas partes en la red, disponible, objetivado. ¿Trasmitirlo a todos? De acá en adelante todo el saber es accesible a todos. ¿Cómo transmitirlo? Pues ya está hecho.*

Con el acceso a las personas, por medio del teléfono inteligente, con el acceso a todos los lugares, por el GPS, el acceso al saber está de ahora en adelante abierto. De cierta manera, está siempre y por todas partes ya transmitido.

Objetivado ciertamente, pero además distribuido. No concentrado. Vivimos en un espacio métrico, digo, referido a centros, a concentraciones. Una escuela, una clase, un *campus*, un auditorio, todas concentraciones de personas, estudiantes y profesores, libros en bibliotecas, de instrumentos en los laboratorios... Ese saber, esas referencias, esos textos, esos diccionarios... helos distribuidos por todas partes y, en particular, en tu casa –¡hasta los observatorios!–; mejor aún, en todos los lugares a los que se desplace. De donde estéis podéis contactar vuestros colegas, vuestros alumnos, por donde ellos pasen; y ellos os responden fácilmente.

El antiguo espacio de las concentraciones —incluso este en el que hablo y en el que Uds. me escuchan; ¿qué hacemos nosotros aquí?— se diluye, se difunde; vivimos, acabo de decirlo, en un espacio de vecindades inmediatas pero, además, distributivo. Podría incluso estar hablándoos desde mi casa o de cualquier otro lugar, y vosotros me escucharíais en cualquier otra parte o en vuestras casas. ¿Qué hacemos pues aquí?

Sobre todo no digáis que al alumno le faltan funciones cognitivas que le permitan asimilar el saber así distribuido, puesto que precisamente, esas funciones se transforman con y por el soporte. Por la escritura y la imprenta, la memoria por ejemplo mutó a tal punto que Montaigne quería una cabeza bien hecha más bien que una cabeza bien llena. Esa cabeza acaba de mutar una vez más.

De la misma manera pues que la pedagogía fue inventada por los griegos (*paideia*), en el momento de la invención y la propagación de la escritura, así mismo como ella se transformó cuando emergió la imprenta en el Renacimiento, así mismo la pedagogía cambia totalmente con las nuevas tecnologías, cuyas novedades no son sino una variable cualquiera en medio de la decena o la veintena que he citado o que podría enumerar.

Este cambio tan decisivo de la enseñanza —cambio que repercute poco a poco sobre el espacio entero de la sociedad mundial y el conjunto de sus obsoletas instituciones, cambio que no solo toca, y de lejos, a la enseñanza solamente, sino también sin duda al trabajo, las empresas, la salud, el derecho, la política y, en suma, el conjunto de nuestras instituciones— sentimos que tenemos una necesidad urgente de hacerlo, pero todavía estamos lejos.

Probablemente porque los que arrastran aún en la transición entre los últimos estados, no se han jubilado, mientras que diligencian las reformas, siguiendo modelos desde hace tiempos desaparecidos.

Habiendo enseñado durante medio siglo en casi todas las latitudes del mundo donde esa grieta se abre tan ampliamente como en mi propio país, he padecido, he sufrido esas reformas como pegotes en piernas de madera, remiendos; ahora bien, los pegotes dañan la tibia, incluso artificial; los remiendos desgarran aún más el tejido que buscan consolidar.

Sí, desde hace algunos decenios veo que vivimos un período comparable a la aurora de la *paideia*, luego de que los griegos aprendieron a escribir y a demostrar; comparable al Renacimiento que vio nacer la impresión y aparecer el reino del libro. Período incomparable sin embargo, puesto que al mismo tiempo que esas técnicas mutan, el cuerpo se metamorfosea, cambian el nacimiento y la muerte, el sufrimiento y la curación, los oficios, el espacio, el hábitat, el ser-en-el-mundo.

V

Envío

Frente a estas mutaciones, sin duda conviene inventar inimaginables novedades, por fuera de los marcos anticuados que formatean aún nuestras conductas, nuestros *media*, nuestros proyectos ahogados en la sociedad del espectáculo. Veo a nuestras instituciones lucir con un brillo que se parece al de esas constelaciones de las que los astrofísicos nos enseñaron antaño que estaban ya muertas desde hacia mucho tiempo.

¿Por qué no han aparecido estas novedades? Mucho me temo que acuso de ello a los filósofos (entre los que me incluyo), gentes que tienen por vocación anticipar el saber y las prácticas por venir, y que me parece que han fallado en su tarea. Comprometidos en la política del día a día, no vieron venir lo contemporáneo.

En efecto, si yo hubiera tenido que bosquejar el retrato de los adultos (de los que hago parte) hubiera sido menos embellecedor.

Me gustaría tener dieciocho años, la edad de Pulgarcita y de Pulgarcito, puesto que todo está por rehacerse, puesto que todo hay que inventarlo.

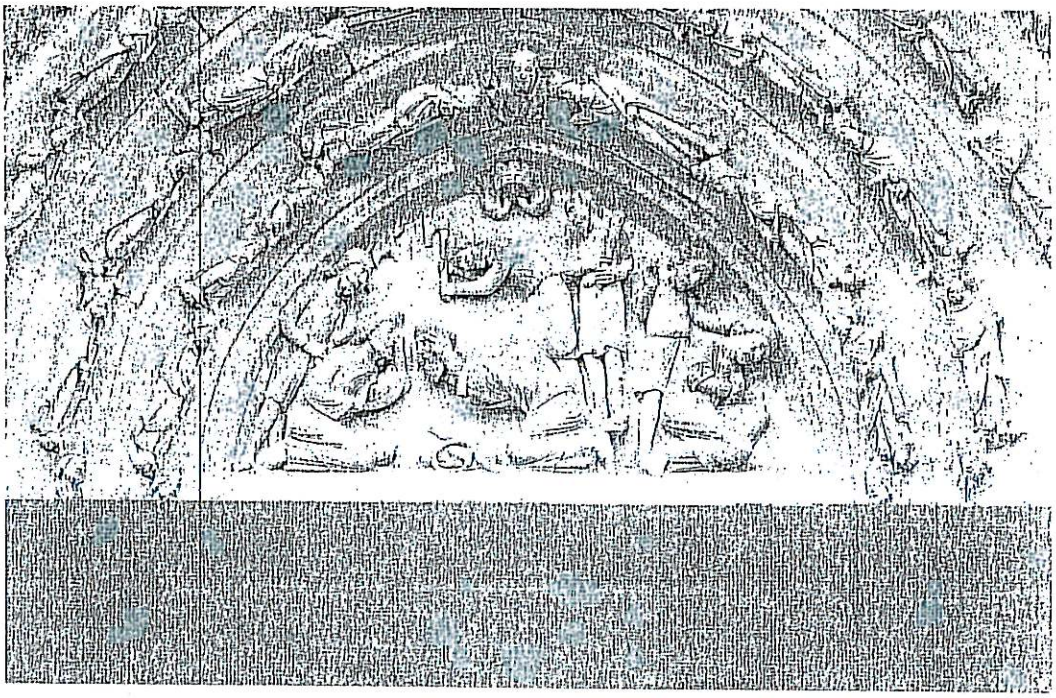
Deseo que la vida me deje suficiente tiempo como para trabajar en ello aún, en compañía de estos pequeños a los que he consagrado mi vida, porque los he amado siempre respetuosamente.

2.- Escuela

La cabeza de Pulgarcita

En su *Leyenda dorada*, Jacques de Voragine cuenta que en el siglo de las persecuciones ordenadas por el emperador Domiciano ocurre en Lutecia un milagro. El ejército romano detiene allí a Denis, elegido obispo por los primeros cristianos de París. Encarcelado, luego torturado en la isla de la Cité, se lo condena a ser decapitado en la cima de una colina que se llamará Montmartre.

Haragana, la soldadesca renuncia a subir tan alto y ejecuta a la víctima a medio camino. La cabeza del obispo rueda por la tierra. ¡Horror! Despegada, Dionisio se repone, recoge su cabeza y, manteniéndola en sus manos, continúa subiendo la pendiente. ¡Milagro! Aterrorizada, la legión huye. El autor añade que Dionisio hizo una pausa para lavar su cabeza en una fuente, y que prosiguió su ruta hasta la actual Saint-Denis. Hele pues canonizado.



Catedral de san Denis, martirio del santo, tímpano del portal norte

Pulgarcita abre su computador. Si no recuerda esta leyenda, sin embargo considera que tiene ante sí y en sus manos su propia cabeza, bien llena en razón de la enorme reserva de informaciones, pero también bien hecha, puesto que motores de búsqueda allí activan (a su antojo) textos e imágenes, y porque (mejor aún) diez programas pueden en él tratar innumerables datos, más rápido de lo que ella lo podría hacer. Sostienen ahí, fuera de sí, su cognición antaño interna, como san Denis tuvo su cabeza fuera de su cuello. ¿Se imagina a Pulgarcita decapitada? ¿Milagro?

Recientemente, todos nos hemos vuelto san Denis. Nuestra cabeza inteligente salió de nuestra cabeza ósea y neuronal. En efecto, en nuestras manos, el portátil contiene y hace funcionar lo que antiguamente llamábamos nuestras "facultades": una memoria, mil veces más poderosa que la nuestra; una imaginación, adornada de millones de iconos; una razón también, puesto que tantos programas pueden llegar a resolver cien problemas que no hubiéramos resuelto solos. Nuestra cabeza está eyectada ante nosotros, en esta caja cognitiva objetivada.

Pasada la decapitación, ¿qué nos queda sobre los hombros? La intuición innovadora y vivaz. Caída en la caja, el aprendizaje nos deja la alegría incandescente de inventar. Fuego; ¿estamos condenados a volvernos inteligentes?

Cuando apareció la imprenta, Montaigne prefirió –ya lo he dicho– una cabeza bien hecha a un saber acumulado, puesto que ese cúmulo, ya objetivado, yacía en el libro, en los estantes de su biblioteca; antes de Gutemberg, se necesitaba saber de memoria a Tucídides y a Tácito si se interesaba en la historia, a Aristóteles y a los mecánicos griegos si uno se dedicaba a la física, a Demóstenes y Quintiliano si se quería destacar en arte oratoria... por tanto había que tener llena la cabeza. Economía: acordarse en qué lugar del estante de la biblioteca está el volumen es menos costoso en memoria que recordar todo su contenido. Y una nueva economía, radical esta vez: nadie tiene ni siquiera necesidad de recordar el lugar, un motor de búsqueda se encarga de ello.

De acá en adelante, la cabeza descabezada de Pulgarcita difiere de las viejas, mejor hechas que llenas. No teniendo ya que trabajar duro para aprender el saber, puesto que ahí está, echado ahí ante ella, objetivo, colectado, colectivo, conectado, accesible a voluntad, diez veces visto y revisado y controlado, ella puede girarse hacia el muñón de ausencia que sobrevuela su cuello cortado. Por allí pasan el aire, el viento, mejor: esa luz que pintaba Bonnat, el pintor bombero, cuando dibujó el milagro de san Dionisio en las paredes <de la iglesia> del Panteón, en París. Allí reside el nuevo genio, la inteligencia inventiva, una auténtica subjetividad cognitiva; la originalidad de la chica se refugia en ese vacío traslúcido, bajo esa bonita brisa. Conocimiento al costo casi nulo, difícil sin embargo de captar.

¿Celebra Pulgarcita el fin de la era del saber?

Bonnat, el milagro de san Dionisio en la iglesia del Panteón, en París

Lo duro y lo suave

¿Cómo este cambio humano, decisivo, ha podido producirse? Prácticos, concretos, pensamos irresistiblemente que las revoluciones se efectúan en torno a cosas duras; nos importan las herramientas, martillos y hoces. Damos incluso su nombre a algunas eras de la historia: revolución industrial reciente, edades del bronce y del hierro, piedra pulida o tallada. Más o menos ciegos y sordos, concedemos menos atención a los signos, blandos, que a esas máquinas tangibles, duras y prácticas.

Sin embargo, la invención de la escritura y aquella, más tardía, de la imprenta trastornarán las culturas y los colectivos más que las herramientas. Lo duro muestra su eficacia sobre las cosas del mundo; lo blando muestra la suya en las instituciones de los hombres. Las técnicas conducen o suponen las ciencias duras; las tecnologías suponen y conducen a las ciencias humanas, asambleas públicas, política y sociedad. Sin la escritura ¿nos habríamos reunido en ciudades, habríamos estipulado un derecho, fundado un Estado, concebido el monoteísmo y la historia, inventado las ciencias exactas, instituido la *paideia*...? ¿Habríamos asegurado su continuidad? Sin la imprenta ¿habríamos en el bien nombrado Renacimiento, cambiado el conjunto de esas instituciones y de esas asambleas? Lo blando organiza y federa a los que utilizan lo duro.

Sin nunca dudar de ello, vivimos juntos hoy como hijos del libro y como nietos de la escritura.

El espacio de la página

Bajo forma impresa, el escrito se proyecta en la actualidad por todas partes en el espacio, hasta invadirlo y ocultar el paisaje. Avisos de publicidad, carteles en las carreteras, calles y avenidas con flechas, horarios en las estaciones de ferrocarril, tableros en los estadios, traducciones en la Ópera, rollos de los profetas en las sinagogas, evangeliarios en las iglesias, bibliotecas en los *campus*, tableros negros en

las salas de clase, PowerPoint en los anfiteatros, revistas y periódicos...: la *página* nos domina y nos conduce. Y la pantalla la reproduce.

Catastro rural, planos de las ciudades o de urbanismo, azul de los arquitectos, proyectos de construcción, dibujos de las salas públicas y de las habitaciones íntimas... imitan, por sus cuadrículas suaves y paginadas, el *pagus* de nuestros ancestros, cuadrados sembrados de alfalfa o pegujales de tierra labrantía, sobre la dureza de los cuales el campesino dejaba la huella de la reja del arado; el surco ya escribía su línea en este espacio recortado. Esta es pues la unidad espacial de percepción, de acción, de pensamiento, de proyecto, este es el multimilenario formato, casi tan determinante para nosotros los hombres, o al menos los occidentales, como el hexágono para las abejas.

Nuevas tecnologías

Este formato-página nos domina tanto, y tanto en nuestra ignorancia, que las nuevas tecnologías no han salido aún del él. La pantalla del computador –que se abre él mismo como un libro– lo imita, y Pulgarcita escribe aún sobre él, con sus diez dedos o, en el teléfono inteligente, con sus dos pulgares. Una vez terminado el trabajo, ella se apresura a imprimir. Los innovadores de todo pelambre buscan el nuevo libro electrónico, mientras que el electrónico no se ha librado aún del libro, aunque él implique otra cosa diferente al libro, una cosa bien distinta al formato transhistórico de la página. Esta cosa hay que llegar a descubrirla. Pulgarcita nos ayuda aquí.

Recuerdo la sorpresa que me dio, hace algunos años en el *campus* de Stanford donde enseño hace treinta años, al ver cómo se levantaban, en la vecindad del antiguo Cuadrángulo, y financiadas por los multimillonarios de Silicon Valley vecino, torres destinadas a la informática más o menos idénticas, en hierro, hormigón, y con vidrieras, al lado de los otros edificios de ladrillo donde se ha ofrecido desde hace un siglo la enseñanza de la ingeniería mecánica o de la historia medieval. Con la misma disposición del suelo, las mismas salas y corredores; siempre el formato inspirado en la página. Como si la reciente revolución, tan poderosa al menos como las de la imprenta y la escritura, no cambiase nada al saber, a la pedagogía, ni al espacio universitario mismo, inventado antaño por y para el libro.

No. Las nuevas tecnologías obligan a salir del formato espacial implicado por el libro y la página. ¿Cómo?

Una breve historia

Ante todo: las herramientas usuales externalizarán nuestras fuerzas, duras; salidos del cuerpo, los músculos, huesos y articulaciones levarán anclas hacia las máquinas simples, palancas y aparejos, que imitaban su funcionamiento; nuestra alta temperatura, fuente de nuestra energía, emanada del organismo, suelta luego amarras hacia las máquinas motrices. Las nuevas tecnologías externalizan finalmente los mensajes y las operaciones que circulan en el sistema neuronal, información y códigos, suaves; la cognición, en parte, despliega las velas hacia ese nuevo instrumento.

¿Qué queda entonces por encima de los cuellos cortados del san Dionisio de París, y de los muchachos y muchachas hoy?

Pulgarcita medita

Cogito: mi pensamiento se distingue del saber, de los procesos de conocimiento – memoria, imaginación, razón deductiva, finura y geometría...– externalizados, con sinapsis y neuronas, en el computador. Mejor aún: yo pienso, yo invento si me distancio así de ese saber y de ese conocimiento, si me alejo de ellos. Me he convertido a este vacío, a este aire impalpable, a esta alma, en el que la palabra traduce este viento. Pienso aún más suave que este blando objetivado; invento si alcanzo este vacío. No me

reconozcáis más en esta mi cabeza, ni en su denso relleno ni en su perfil cognitivo singular, sino en su ausencia inmaterial, en la luz transparente que emana de la separación brutal. En esa nada.

Si Montaigne hubiera explicado las maneras que tenía una cabeza para hacerse a maravilla, habría por eso mismo dibujado una caja para llenar, y habría regresado la cabeza llena. En la actualidad, al dibujar esta cabeza vacía, caería fuera aún en el computador. No, no hay que cortarla para reemplazarla por otra. No sintáis ninguna angustia frente al vacío. Adelante, ánimo... El saber y sus formatos, el conocimiento y sus métodos, detalle infinito y síntesis admirables, que mis antiguos acumulan como blindajes en las notas de pie de página y en las bibliografías masivas de libros, y que ellos me acusan de haber olvidado, todo esto, por la estocada de los verdugos de san Dionisio, cae en la caja electrónica. Extraño, casi salvaje, el *ego* se retira de todo eso; incluso de esto, vuelo en el vacío, en su nulidad blanca y cándida. La inteligencia inventiva se mide según la distancia al saber.

El sujeto del pensamiento acaba de cambiar. Las neuronas activadas en el fuego blanco del cuello cortado difieren de aquellas a las que se refieren la escritura y la lectura en la cabeza de los predecesores, que se contraen en el computador.

Por esto la autonomía nueva de los entendimientos, a la que corresponden movimientos corporales sin constreñimientos y un vocerío confuso.

Voz

Hasta esta mañana, un profesor en su clase o en su auditorio, entregaba un saber que en parte yacía ya en los libros. Oralizaba lo escrito, una página-fuente. Si como cosa rara inventa, mañana escribirá una página-resumen. Su cátedra lo que hacía escuchar era a esta bocina. Para esta emisión oral, pedía silencio. Ya no lo logra.

Formada desde la infancia, en las clases elementales y preparatorias, la ola de lo que se llama la charla, convertida en tsunami en la secundaria, acaba de alcanzar la superior cuyos auditorios, desbordados por ella, se llenan por primera vez en la historia de una barahúnda permanente que hace penosa toda escucha o que vuelve inaudible la vieja voz del libro. He acá un fenómeno tan general que se le debería prestar atención. Pulgarcita no lee ni desea que le lean lo escrito. Al que una antigua publicidad dibujaba como un perro, ya no escucha la voz de su amo. Reducidos al silencio desde hace tres mil años, Pulgarcita, sus hermanas y sus hermanos producen en coro, de ahora en adelante, un ruido de fondo que ensordece la bocina de la escritura.

¿Por qué bla-blarda ella, en medio del bullicios de sus camaradas charlatanes? Porque ese saber anunciado, todo el mundo ya lo tiene a su disposición. En su mano. Accesible por la Web, Wikipedia, portátil, por cualquier portal. Explicado, documentado, ilustrado, sin tener más errores que los que existen en las mejores enciclopedias. Nadie tiene ya necesidad de esos portavoces de antaño, excepto si uno, original y raro, inventa.

Fin de la era del saber.

La oferta y la demanda

Este nuevo caos, primitivo como todo barullo, anuncia un retorno, primero de la pedagogía, luego de la política bajo todos sus aspectos. Antiguamente y hasta hace poco, enseñar consistía en una oferta. Exclusiva, semi-conductora, que nunca tenía el cuidado de escuchar la opinión ni las elecciones de la demanda. Aquí está el saber, almacenado en las páginas de los libros, así hablaba la bocina, lo mostraba, lo leía, lo decía; escuchad, leed luego, si lo queréis. En todo caso, silencio.

La oferta decía dos veces: Cállese.

Se acabó. Por su ola, la rochela rechaza esta oferta para anunciar, para inventar, para presentar una nueva petición, sin duda de otro saber. ¡Vuelta de campana! Nosotros que somos otros, que enseñamos hablando, escuchamos a su vez el rumor confuso y caótico de esta demanda bulliciosa, salida de los estudiantes que, antaño, nadie consultaba para saber por boca de ellos si solicitaban verdaderamente esta oferta.

¿Por qué Pulgarcita se interesa cada vez menos en lo que dice el altoparlante? Porque, ante la oferta creciente de saber en capa inmensa, por todas partes y siempre accesible, una oferta puntual y singular se vuelve irrisoria. La cuestión se planteaba cruelmente cuando era necesario desplazarse para descubrir un saber escaso y secreto. De aquí en adelante accesible, superabundante, cercano, incluso en pequeños volúmenes que Pulgarcita lleva en su bolsillo, bajo el pañuelo. La ola de los accesos a los saberes sube tan alto como la de la guachafita.

La oferta sin demanda murió esta mañana. La oferta enorme que la sigue y la reemplaza refluye ante la demanda. Verdadero esto de la escuela, voy a decir que también se lo vuelve para la política. ¿Fin de la era de los expertos?

Los Pequeños Transidos

Orejas y hocico hundidos en el parlante, el perro, sentado, fascinado por la escucha, no se mueve. Juiciosos como imágenes, desde la más tierna infancia, comenzamos como niños una larga carrera del cuerpo sobre su fondillo, inmóviles, en silencio y en fila. Este es nuestro nombre de antaño: Pequeños Transidos. Con los bolsillos vacíos, obedecíamos, no solamente sometidos a los maestros sino sobre todo al saber, al que los propios maestros humildemente también se sometían. Ellos y nosotros lo considerábamos como soberano y magistral. No hubiera osado redactar un tratado de la obediencia voluntaria al saber. Algunos se encontraban incluso aterrorizados por él, impedidos así de aprender. No eran tontos; estaban espantados. Es menester tratar de captar esta paradoja: por no comprender el saber y rechazarlo, cuando él se quería recibido y comprendido, se requería claramente que él aterrorizara.

En grandes mayúsculas, la filosofía a veces hablaba incluso de Saber Absoluto. Exigía pues una inclinación sumisa de las espaldas, como la de nuestros ancestros, encorvados ante el poder absoluto de los reyes de derecho divino. Nunca existió la democracia del saber. No se trataba de que algunos que detentaban el saber, tenían el poder, sino de que el saber mismo exigía cuerpos humillados, incluidos los de los que lo mantenían. El más negado de los cuerpos, el cuerpo de los docentes, daba sus clases haciéndole señas al ese absoluto ausente, totalmente inaccesible. Fascinados, los cuerpos no se movían.

Ya formateado por la página, el espacio de las escuelas, de los colegios, de los *campus* se reformateaban por esta jerarquía inscrita en el manejo corporal. Silencio y postración. La focalización de todos hacia el estrado donde el portavoz requiere silencio e inmovilidad, reproduce en pedagogía la del pretorio ante el juez, del teatro hacia la escena, de la corte real hacia el trono, de la iglesia hacia el altar, de la habitación hacia el hogar... de la multiplicidad hacia lo uno. Sillas apretadas, al través, para los cuerpos inmovilizados de esas instituciones-cavernas. Este es el tribunal que condena a san Dionisio. ¿Será el fin de la era de los actores?

La liberación de los cuerpos

La novedad. La facilidad del acceso le da a Pulgarcita, como a todo el mundo, bolsillos llenos de saber, allí con los pañuelos. Los cuerpos pueden salir de la Caverna donde la atención, el silencio y el encorvamiento de las espaldas los ataban a las sillas como con cadenas. Que se los fuerce a sosegarse; ya no permanecerán en su sitio en las sillas. Empezó el jaleo.

No. El espacio de la sala de clase se dibujaba antaño como un campo de fuerzas cuyo centro orquestal de gravedad se encontraba en el estrado, en el punto focal de la cátedra; estrictamente era un *power point*. Allí se situaba la densidad pesada del saber, casi nulo en la periferia. De ahora en adelante, distribuido por todas partes, el saber se difunde en un espacio homogéneo, descentrado, libre de movimientos. El salón de clase de otras épocas ha muerto, incluso si aún se lo ve, incluso si aún se lo sigue construyendo, incluso si la sociedad del espectáculo busca imponerlo nuevamente.

Entonces los cuerpos se movilizan, circulan, gesticulan, llaman, interpelan, intercambian gustosos lo que han encontrado en sus bolsillos. ¿La algazara sucede al silencio, y el alboroto a la inmovilidad? No, anteriormente prisioneros, los Pulgarcitos se liberan de las cadenas de la Caverna multimilenaria que los amarraba, inmóviles y silenciosos, a su lugar, con la boca cosida y el culo atornillado.

Mobilidad: conductor y pasajero

El espacio centrado o focalizado de la clase o del auditorio puede también dibujarse como el volumen de un vehículo: tren, automóvil, avión, donde los pasajeros, sentados en filas en el vagón, el habitáculo o el fuselaje, se dejan conducir hacia el saber por quien hace de piloto. Ved ahora el cuerpo del pasajero, deformado, vientre al aire, mirada vaga y pasiva. Activo y atento por el contrario, el conductor curva la espalda y tiende los brazos hacia el volante.

Cuando Pulgarcita utiliza el computador o el teléfono inteligente, exigen los dos el cuerpo de una conductora en tensión de actividad, no el de un pasajero en pasividad de reposo; demanda y no oferta. Curva sus espaldas y no saca el vientre. Empujad a esta personita a una sala de clase; habituada a conducir, su cuerpo no soportará durante mucho tiempo el asiento del pasajero pasivo; entonces ella se activa, privada de máquina para conducir. Alboroto. Poned en sus manos un computador, reencontrará la gestual del cuerpo-piloto.

Ya sólo hay conductores, motricidad; no más espectadores, el espacio del teatro se llena de actores, móviles; no más jueces en el pretorio, sólo oradores, activos; nada de sacerdotes en el santuario, el templo se llena de predicadores; no más maestros en el salón, por todas partes profesores... Y lo tendremos que decir: no más poderosos en la arena política, de aquí en adelante ocupada por los decididos.

Se acabó la era del que decide.

La tercera-instrucción

Pulgarcita busca y encuentra el saber en su máquina. De acceso rarísimo, ese saber sólo se ofrecía hasta hace poco en pedazos, recortado, despiezado. Página tras página, clasificaciones científicas distribuyéndole a cada disciplina su parte, su sección, sus locales, sus laboratorios, su tajada de biblioteca, sus créditos, sus portavoces y su corporatismo. El saber se dividía en sectas. Así volaba en pedazos lo real.

El río, por ejemplo, desaparecía bajo hondones diseminados de geografía, geología, geofísica, hidrodinámica, cristalografía de aluviones, biología de los peces, haliéutica, climatología, sin contar la agronomía de los llanos de riego, la historia de las ciudades inundadas, de las rivalidades entre ribereños, más las pasarelas, barcarolas y *Pont Mirabeau*... Mezclando todo esto, integrándolo, fusionando esos restos, haciendo de esos miembros esparcidos el cuerpo viviente de la corriente, el acceso fácil al saber permitiría habitar el río, en fin pleno y a nivel.

¿Pero cómo fusionar las clasificaciones, fundir las fronteras, reunir juntas las páginas ya recortadas al formato, superponer los planos de la universidad, unificar los auditorios, apilar veinte departamentos, hacer que otros tantos expertos de alto nivel se entiendan cuando cada uno piensa poseer la definición exclusiva de la inteligencia?

¿Cómo transformar el espacio del campus, que imita el del campo atrincherado del ejército romano, los dos cuadriculados por vías normales y distribuidos en cohortes o jardines yuxtapuestos?

Respuestas: escuchando el ruido de fondo salido de la demanda, del mundo y de las poblaciones, siguiendo los movimientos nuevos de los cuerpos, tratando de explicitar el porvenir que implican las nuevas tecnologías. Una vez más ¿cómo?

Disparidad contra clasificación

Dicho de otra manera, ¡oh paradoja! ¿cómo dibujar movimientos brownianos? Se los puede al menos favorecer por la serendipidad de Boucicaut.

Fundador del "Bon Marché", clasificó primero las mercancías para vender, según anaqueles y secciones en hileras. Cada paquete bien tranquilo en su sede, clasificado, ordenado, como alumnos en la fila o como legionarios romanos en sus campo atrincherado. El término "clase" significa, en su origen, ese ejército en filas ordenado. Ahora bien, como por primera vez su gran almacén (tan universal por el *a la Felicidad de las damas* como la universidad por el placer de aprender) agrupaba todo lo que una chalana podía soñar: alimentación, vestidos, cosméticos, el éxito no se hizo esperar y Boucicaut hizo fortuna. La novela que Émile Zola consagró a este inventor cuenta su fracaso, los días en que las cifras de negocio llegando al tope, permanecen mucho tiempo constantes.

Una mañana, apresado por una intuición súbita, trastrueca esa clasificación razonable, hace de las avenidas del almacén un laberinto y de sus estantes un caos. Venida a comprar puerros para el caldo y teniendo que atravesar, por ese azar vigorosamente programado, el departamento de sedas y bordados, la dama abuela de Pulgarcita termina por comprar adornos además de las legumbres... Entonces las ventas rompen los límites.

El disparate tiene virtudes que la razón no conoce. Práctico y rápido, el orden sin embargo puede aprisionar; favorece el movimiento, pero a la larga lo congela. Indispensable para la acción, la *check-list* puede esterilizar el descubrimiento. Por el contrario, el aire penetra en el desorden como en un aparato que tiene juego. Ahora bien, el juego provoca la invención. Entre el cuello y la cabeza cortada apareció el mismo juego.

Sigamos a Pulgarcita en sus juegos, escuchemos la serendipia de Boucicaut[••], que todos los almacenes practican después de eso; echemos por tierra la clasificación de las ciencias, coloquemos el departamento de física al lado de la filosofía, la lingüística en frente de las matemáticas, la química con la ecología[•••]. Cortemos incluso por el detalle, tajemos esos contenidos menudos, para que tal investigador, ante su puerta, encuentre a otro, venido de un cielo ajeno y que habla otra lengua. Viajaría lejos sin molestarse. Al *castrum* racional del ejército romano, acuartelado en perpendiculares y separado en cohortes cuadradas, le sucedería entonces un mosaico de piezas diversas, una especie de kaleidoscopio, el arte de la marquetería, un zaperoco.

[••] <Una **serendipia** es un descubrimiento o un hallazgo afortunado e inesperado que se produce cuando se está buscando otra cosa distinta. También puede referirse a la habilidad de un sujeto para reconocer que ha hecho un descubrimiento importante aunque no tenga relación con lo que busca. En términos más generales se puede denominar así también a la casualidad, coincidencia o accidente, wikipedia, Paláu>

[•••] <y como alguna vez llegó a proponerme Norberto Velez, de Forestal, que los estudios de ingeniería forestal pasaran de la facultad de agronomía a la de ... ¡historia!! Palau>

El Tercero-Instruido soñaba ya con universidades de espacio mezclado, atigrado, matizado, achinado, abigarrado, constelado... ¡real como un paisaje! Mientras que se precisaba correr lejos para ir hacia el otro, cuando se permanecía en casa para no escucharlo, helo acá sin parar en sus piernas, sin que haya que moverse.

Aquellos cuya obra desafía toda clasificación, y que siembran a todo viento, fecundan la inventividad, mientras que los métodos pseudo-racionales nunca han servido para nada. ¿Cómo rediseñar la página? Olvidando para ello el orden de razones, orden ciertamente pero sin razón. Hay que cambiar de razón. El único acto intelectual auténtico es la invención. Prefiramos pues el laberinto de las pulgas electrónicas. ¡Viva Boucicaut y mi abuela! grita Pulgarcita.

El concepto abstracto

¿Y qué pensar de los conceptos tan difíciles a veces para formar? Dime qué ha sido de la Belleza. Pulgarcita responde: una mujer bella, una bella yegua, una bella aurora... Detente, veamos; te he pedido un concepto y tu me das mil ejemplos, ¡así no terminarás con tus hijas y tus potrancas!

Desde entonces, la idea abstracta conduce a una economía grandiosa de pensamiento; la Belleza mantiene a mil y una bellas, como el círculo del geómetra comprende miríadas infinitas de redondos. Nunca hubiéramos podido ni escribir ni leer páginas ni libros si hubiéramos tenido que citar a esas bellas y a esos redondos, en número enorme, sin término. Mejor aún, no puedo delimitar la página sin recurrir para ello a esta idea que tapona las huidas de esta enumeración indefinida. La abstracción es un tapón.

¿Tenemos aún necesidad de ello? Nuestras máquinas proceden tan rápido que pueden contar indefinidamente lo particular, que saben detenerse en la originalidad. Si la imagen de la luz puede servirnos aún para ilustrar (si me atrevo a decirlo) el conocimiento, nuestros ancestros habían escogido de ella la claridad, mientras que nosotros hemos optado más bien por su velocidad. El motor de búsqueda puede a veces reemplazar la abstracción.

Como antes el sujeto, el objeto de la cognición también ha cambiado. No tenemos una necesidad obligatoria de concepto. A veces sí, no siempre. Podemos demorarnos todo el tiempo necesario ante los relatos, los ejemplos y las singularidades, las cosas mismas. Práctica y teórica, esta novedad le vuelve a dar dignidad a los saberes de la descripción y de lo individual. De súbito, el saber le ofrece su dignidad a las modalidades de lo posible, de lo contingente, de las singularidades. Una vez más, cierta jerarquía se hunde. Al volverse experto en caos, el propio matemático no puede menospreciar, de aquí en adelante, los SVT que ya practican la mezcla a la Boucicaut; que ya deben enseñar de manera integrada porque, si se tasajea la realidad viviente de manera analítica, ella muere. Una vez más: el orden de las razones, aún útil ciertamente, pero a veces obsoleto, deja el lugar a una nueva razón, que acoge lo concreto singular, naturalmente laberíntico... al relato.

El arquitecto trastorna las particiones del campus.

Espacio de circulación, oralidad difusa, movimientos libres, fin de las clases clasificadas, distribuciones dispares, serendipidad de la invención, velocidad de la luz, novedad de los sujetos tanto como de los objetos, búsqueda de otra razón...: la difusión del saber ya no puede tener lugar en ninguno de los campus del mundo, ellos mismos ordenados, formateados página a página, racionales a la antigua, imitando los campos del ejército romano. Este es el espacio de pensamiento donde habita, cuerpo y alma, desde esta mañana, la juventud de Púlgarcita.

San Dionisio pacifica la legión.

3.- Sociedad

Elogio de las notas recíprocas

¿Pulgarcita le pondrá nota a sus profesores? Esta querella tonta fue furor en Francia hace poco. Mucho me sorprendió; hace cuarenta años que los estudiantes me evalúan en otras universidades. No me va mal. ¿Por qué? Porque incluso aunque no existiera la norma, los que asisten a un curso evalúan siempre al profesor. Había mucha gente en el salón, mucho más que tres o cuatro estudiantes esta mañana; es pues una sanción por el número. O por la atención: ¿están escuchando o cuchichean? Causa de sí, la elocuencia saca su fuente del silencio del auditorio, este que a su vez nace de la elocuencia.

Mejor aún, digamos que todo el mundo soporta una nota: el enamorado de su amante silenciosa; el proveedor de los grandes gritos de sus clientes; los *media* del Audimat; el médico por el aflujo de sus pacientes; el elegido por la sanción de los votantes. Esto plantea simplemente la cuestión del gobierno.

La fiebre por poner notas que, por el empuje de mamás lastimeras y de la psicología, abandonó tan pronto la escuela, invade a la sociedad civil que publica con ganas las listas de las mejores ventas, distribuye premios Nobel, Óscares, copas de falso metal, clasifica a las universidades, le pone nota a los bancos y empresas, califica incluso a los Estados, antaño soberanos. Cuando volteas la página, lector, en ese momento me estas evaluando.

Una especie de demonio de doble cara empuja a juzgar esto y aquello, como bueno o malo, inocente o nocivo. La lucidez discierne más bien lo que muere del antiguo mundo y lo que emerge del nuevo. Ese día nace una inversión que favorece una circulación simétrica entre los que ponen las notas y los calificados, las potencias y los sujetos, una reciprocidad. En efecto, todo el mundo parecía creer que todo corre de arriba abajo, de la cátedra hacia los pupitres, de los elegidos a los electores; que en la parte alta se presenta la oferta y que la demanda abajo se la tragará toda. Que hay <almacenes de> grandes superficies, grandes bibliotecas, grandes patronos, ministros, hombres de Estado... que, presumiendo su incompetencia, difuminan su lluvia benéfica sobre las pequeñas tallas. Quizás esa era tuvo lugar; pero es cierto que se termina ante nuestros ojos, en el trabajo, en el hospital, en la carretera, en grupo, en la plaza pública, por todas partes.

Liberada de los semi-conductores –quiero decir con ello de las relaciones asimétricas– la nueva circulación hace escuchar las notas de su voz, casi musicales.

Elogio de H. Potter

Pequeño chiquillo <de 10 años> de Birmingham, se nos cuenta que Humphrey Potter amarró <en 1713> con el cordel de su trompo el brazo de la máquina de vapor a las válvulas que él debía accionar con sus manos; buscando huir de un trabajo alienante <abría y cerraba las válvulas de diez a doce veces por minuto, seiscientas veces por hora, seis mil veces por jornada de diez horas > para ir a jugar, inventó al mismo tiempo que suprimió su esclavitud, una especie de retroalimentación. Verdadero o inventado, este cuento alaba la precocidad de un genio; a mis ojos, muestra más bien la

competencia frecuente, fina y adaptada, del obrero (incluso menor de edad) a los lugares mismos donde los decididores, remotos, comandan el actuar sin preguntarle nada a los actores, prejuzgados incompetentes. H. Potter es uno de los nombres de guerra de Pulgarcita.

La palabra empleada expresa esta presunción de incompetencia; en efecto se trata de someterlo al antojo para explotarlo; como el enfermo se reduce a un órgano por reparar, el estudiante a una oreja por llenar o a una boca silenciosa por atracar, el obrero se reduce a una máquina por administrar, un poco más complicada que aquella con la que él trabaja. Arriba, antiguamente, bocas desorejadas; abajo, oídos mudos.

Ahora el elogio del control recíproco. Restituyendo rostros completos a los dos niveles, las mejores empresas colocan al obrero en el centro de la decisión práctica. Lejos de organizar de manera piramidal la logística sobre los flujos y la regulación de la complejidad, lo que la multiplica por capas de regulación, ellas dejan a Pulgarcita controlar en tiempo real su propia actividad –paradas detectadas o reparadas más fácilmente, soluciones técnicas más rápidamente encontradas, mejora de la productividad– así como examinar también sus mandatarios, patronos aquí, pero más lejos, médicos y políticos.

Tumba del trabajo

Pulgarcita busca trabajo. Y cuando lo encuentra, sigue buscándolo porque sabe bien que puede, de un día para otro, perder el que acaba de estrenar. Además en el trabajo, le responde al que le habla, no según la pregunta planteada sino de manera que no pierda su empleo. De acá en adelante algo corriente, esta mentira perjudica a todos.

Pulgarcita se aburre en el trabajo. Su vecino carpintero recibía anteriormente tablones en bruto del aserradero, aserrados en el bosque; luego de dejarlos secar mucho tiempo, sacaba de ese tesoro y según los encargos: taburetes, mesas o puertas. Treinta años más tarde, recibe de una fábrica ventanas listas que coloca en los grandes conjuntos, en aberturas formateadas. Se fastidia. Ella también. El interés de la obra se capitaliza en las oficina de estudios, allá arriba. Capital no significa solamente concentración de dinero, sino también de agua en las presas, de mineral bajo tierra, de inteligencia en una banca de ingeniería alejada de los que ejecutan. La aburrición de todos proviene de esta concentración, de esta captación, de este robo del interés.

La productividad, que aumenta verticalmente desde 1970, el crecimiento demográfico mundial, tan vertical y que se añade a la primera, hacen más y más escaso el trabajo; pronto ¿sólo se beneficiará de él una aristocracia? Nacido en la revolución industrial y copiado sobre el oficio divino de los monasterios ¿muere hoy poco a poco? Pulgarcito ha visto disminuir el número de los cuellos azules; las nuevas tecnologías harán hundir el de los cuellos blancos. ¿No desaparecerá el trabajo en caso de que sus productos, inundando los mercados, perjudican a menudo el entorno, ensuciado por la acción de las máquinas, por la fabricación y el transporte de las mercancías? Depende de fuentes de energía cuya explotación arruina las reservas y poluciona.

Pulgarcita sueña con una obra nueva cuya finalidad sería reparar esos daños y ser benéfica –ella no habla del salario, ella habría dicho beneficiario, pero de la felicidad también– para los que la realizan. En suma, ella hace la lista de las acciones que no producirían esas dos poluciones: la del planeta y los humanos. Menospreciados por soñadores, los utopistas franceses del siglo XIX organizaban las prácticas según direcciones contrarias a las que los precipitaron hacia este doble callejón sin salida.

Como sólo hay individuos, que la sociedad sólo se organiza en torno al trabajo, que todo gira en torno a él (incluso los encuentros, incluso las aventuras privadas que no tienen nada que ver con él), Pulgarcita esperaría regocijarse en él. O nada de eso

encuentra en él, o en él se harta. Busca imaginar también una sociedad que verdaderamente ya no esté estructurada por él. Pero entonces ¿por qué?

¿Y cuántas veces se le pregunta su opinión?

Elogio del hospital

También se acuerda de una visita que hizo a un gran hospital. Entrando en su cuarto sin llamar, seguido como un macho dominante de hembras sometidas –el modelo bestial se imponía– el patrón <el jefe del servicio> gratifica a su rebaño con un discurso de alto vuelo mientras le da la espalda a Pulgarcita, acostada, que vive su presunción de incompetencia. Como en la fac; como en el camello. En el habla popular se dice: lo creen a uno imbécil.

Cojo <boiteux>, el imbécil, en latín, necesita para sostenerse de un bastón, ese *bacillus* de donde vienen nuestros bacilos. Ya levantada, curada, Pulgarcita anuncia una noticia a la manera de un enigma de Edipo; entre más avanza el tiempo, menos necesidad tiene el homínido de ese bastón. Se sostiene de pie completamente solo.

Escuchad. Los hospitales públicos de las grandes ciudades disponen de parqueaderos para sillas o camillas rodantes, en las urgencias; antes y después el IRM u otro escáner; antes de la sala de operaciones, para anestesia, y luego para el despertar... Allí se puede esperar de una a diez horas. Sabios, ricos o poderosos del mundo, no evitéis estos lugares donde se escucha el sufrimiento, la piedad, cólera, angustia, gritos y lágrimas, a veces oraciones, exasperación, súplicas del que llama a aquellas que no llama, o deplora a la que no responde, silencio tenso de los unos, espanto de los otros, resignación de la mayor parte, reconocimiento también... Quien nunca ha tenido que mezclar su voz a este concierto disonante sabe sin duda que sufre, pero ignorará siempre lo que significa "nosotros sufrimos", el común lamento emanado de la antecámara de la muerte y de los cuidados, purgatorio intermediario donde cada uno teme y espera una decisión del destino. Si Ud. se hace la pregunta: ¿Qué es el hombre?, dará, escuchará, aprenderá allí la respuesta, a través de ese barullo. Ante de este oído, incluso un filósofo sigue siendo un atolondrado.

Este es el ruido de fondo, la voz humana que recubre nuestros discursos y nuestras charlas.

Elogio de las voces humanas

Este caos no hace ruido solamente en las escuelas o los hospitales, no emana solamente de los Pulgarcitos en clase o de los sollozos de la espera paciente, sino que llena ahora todo el espacio. Los propios profesores conversan cuando el jefe les habla; los internos discuten cuando perora el patrón; los gendarmes hablan cuando el general ordena; reunidos en la plaza del mercado, los ciudadanos arman jaleo cuando el alcalde, diputado o ministro, les arroja a sus cabezas su lenguaje estereotipado. Pulgarcita dice irónica: Citad no más una sola asamblea de adultos de donde no emane, divertida, semejante baraúnda.

Saturadas de musaque, la algazara de los *mass-media* y el alboroto comercial ensordecen y adormecen, de ruido aflictivo y de drogas calculadas, esas voces reales; más las virtuales de los blogs y de las redes sociales, cuya cifra innumerable alcanza totales comparables a la población del planeta. Por primera vez en la historia, se puede escuchar la voz de todos. La palabra humana hace ruido en el espacio y por el tiempo. A la calma de los pueblitos silenciosos, donde rara vez sonaba la sirena y la campana (derecho y religión, hijo e hija de la escritura) sucede bruscamente la extensión de estas redes. Fenómeno bastante general como para ponerle atención, este nuevo ruido de fondo, batahola de clamores y de voces, privadas, públicas, permanentes, reales o virtuales, caos recubierto por los motores y los sintonizadores de una sociedad del

espectáculo irreductiblemente envejecida, reproduce en grande el tsunamito de las clases y de los anfiteatros; no, este es más bien el modelo reducido del primero.

Esta habladuría a punta del pulgares, estos susurros del mundo ¿anuncian una era donde se mezclarán una segunda época oral y tales escritos virtuales? ¿Esta novedad va a ahogar con sus ondas la época de la página que nos formateó? Desde hace mucho tiempo escucho esta nuera era oral emanada de lo virtual.

Tenemos acá una demanda general de palabra análoga a la demanda singular que las Pulgarcitas hacen escuchar desde las escuelas hasta las universidades, a la espera de los enfermos en los hospitales o de los empleados en el trabajo. Todo el mundo quiere hablar, todo el mundo comunica con todo el mundo en redes innumerables. Este tejido de voz se pone de acuerdo con el de la Red; los dos susurran en fase. A la nueva democracia del saber, ya ahí en los lugares donde se agota la vieja pedagogía y donde la nueva se busca, con tanta lealtad como dificultades, corresponde, para la política general, una democracia en formación que mañana se impondrá. Concentrada en los *media*, la oferta política se muere; la demanda política que es enorme, se levanta y presiona aunque no sepa ni pueda aún expresarse. La voz anotaba su voto en una papeleta escrita, estrecha y recortada, local y secreta; con su capa ruidosa, en la actualidad ocupa la totalidad del espacio. La voz vota permanentemente.

Elogio de las redes

En este punto preciso, Pulgarcita apostrofa a sus padres: Me reprocháis mi egoísmo pero ¿quién me lo mostró? Mi individualismo pero ¿quién me lo enseño? Vosotros mismos ¿habéis sabido conformar un equipo? Incapaces de vivir en pareja, divorciáis. ¿Sabéis hacer que nazca y dure un partido político? Ved en qué estado se vuelven sosos... ¿Formar un gobierno donde todos permanezcan solidarios mucho tiempo? ¿Jugar un deporte colectivo? puesto que si es para gozar del espectáculo, reclutáis los actores en países lejanos donde todavía se sabe actuar y vivir en grupo. Agonizan las viejas pertenencias: fraternidades de armas, parroquias, patrias, sindicatos, familias en recomposición; quedan los grupos de presión, vergonzosos obstáculos de la democracia.

Os burláis de nuestras redes sociales y de nuestro nuevo empleo de la palabra "amigo". ¿Habéis logrado alguna vez reunir grupos tan considerables que su número se acerque al de los humanos? ¿No habrá más prudencia de acercarse a los otros de manera virtual pero herirlos menos al comienzo? Teméis sin duda que a partir de estas tentativas aparezcan nuevas formas políticas que barran a las precedentes, ya obsoletas.

En efecto, obsoletas y todas tan virtuales como las mías, retoma Pulgarcita, de repente animada: ejército, nación, iglesia, pueblo, clase, proletariado, familia, mercado... todas abstracciones que vuelan por encima de las cabezas como fetiches de cartón. Encarnadas ¿decís vosotros? Seguro, responde ella, excepto que esta carne humana, lejos de vivir, debía sufrir y morir. Sanguinarias, esas pertenencias exigían a cada uno el sacrificio de su vida: mártires supliciados, mujeres lapidadas, heréticos quemados vivos, pretendidas brujas inmoladas en las piras, esto en lo que respecta a las iglesias y el derecho; soldados desconocidos alineados por millares en los cementerios militares, sobre los cuales a veces se inclinan con compunción algunos dignatarios, largas listas de nombres en los monumentos a los muertos (en el 14-18 casi todo el campesinado), esto con respecto a la Patria; campos de exterminio y goulags, esto para la loca teoría de las "razas" y la lucha de clases; en cuanto a la familia, ella abriga la mitad de los crímenes, una mujer muere todos los días por la sevicia del marido o del amante; y en lo que respecta al mercado, más de un tercio de los humanos sufren hambre –un Pulgarcito muere todos los minutos– mientras que los afianzados hacen dietas. Incluso vuestras asistencias sólo crecen, en vuestra sociedad del espectáculo,

con el número de los cadáveres exhibidos; vuestros relatos con los crímenes relatados puesto que para vosotros una buena noticia no constituye una noticia. Desde hace algunos cien años esos muertos de todo tipo ya llegan a centenares de millones.

A esas pertenencias nombradas por medio de virtualidades abstractas, cuya gloria sangrienta cantan los libros de historia, a esos falsos dioses comedores de víctimas infinitas, yo prefiero nuestro virtual inmanente que, como Europa, no exige la muerte de nadie. No queremos coagular más nuestras asambleas con sangre. Lo virtual al menos evita este carnal. No vamos a construir un colectivo más sobre la masacre de otro y el suyo propio, este es nuestro porvenir de vida frente a vuestra historia y a vuestras políticas de muerte.

Así hablaba Pulgarcita, viva.

Elogio de las terminales, de los aeropuertos

Escuchad también, dice ella, cómo zumban las muchedumbres suaves que pasan. Siguiendo a la presa, los frutos, las variaciones del clima, *Homo sapiens* no cesa de desplazarse, devenido *Homo viator* desde hace tiempos, hasta la fecha bastante reciente en que el planeta ya no le ofrece tierras desconocidas. Luego del perfeccionamiento de diez tipos de motores, los viajes se multiplicaron al punto que la percepción del hábitat se transformó. Un país como Francia se vuelve pronto una metrópolis que el TGV recorre como un metro, que las autopistas atraviesan como calles. Desde 2006, las compañías aéreas habían transportado ya un tercio de la humanidad. Por los aeropuertos y terminales pasan tales masas que se parecen a transitorios moteles.

Calculando el tiempo de sus desplazamientos a partir de su casa, ¿sabe Pulgarcita en qué ciudad habita y trabaja, a qué comunidad pertenece? Ella vive en las afueras de una capital, a una distancia del centro y del aeropuerto en tiempo equivalentes a diez transportes más allá de las fronteras; reside pues en una conurbación que se extiende por fuera de su ciudad y de su nación. Pregunta: ¿dónde habita ella? Reducido y expandido a la vez, ese lugar le plantea una cuestión política, puesto que la palabra política se refiere a la ciudad. ¿De qué ciudad puede llamarse ciudadana? ¡Otra pertenencia fluctuante! ¿Quién, venido de donde, la representará a ella que se interroga sobre el lugar de su habitación?

¿Dónde? En la escuela, en el hospital en compañía de personas de toda proveniencia; en el trabajo, en camino con extranjeros; en reunión con traductores; pasando por su calle en donde se escuchan muchas lenguas, se codea sin cesar con muchos mestizajes humanos que reproducen maravillosamente las mezclas de culturas y de saberes que ha encontrado a lo largo de su formación. Pues las transformaciones descritas conciernen también la densidad demográfica de los países del mundo en que Occidente se retrae ante la alta marea de África y de Asia. Las mezclas humanas corren como ríos a los que se les da nombre propio, pero cuyas aguas mezclan las de tributarios por decenas. Pulgarcita habita una tapicería composite[•••], adoquina su espacio con una taracea contrastante. Su vista se maravilla con este caleidoscopio, sus oídos zumban de un caos confuso de voces y de sentidos que anuncian otras demoliciones.

Echar por tierra la presunción de incompetencia

Utilizando la vieja presunción de incompetencia, grandes máquinas públicas y privadas, burocracias, *mass-media*, publicidad, tecnocracia, empresas, política, universidades, administraciones, a veces incluso la ciencia..., imponen su potencia gigante dirigiéndose a supuestos imbéciles, llamados gran público, menospreciados por las

[•••] < http://es.wikipedia.org/wiki/Composite , Paláu>

cadenas del espectáculo. En compañía de semejantes que ellos suponen competentes (y además, no tan seguros de ellos mismos), los Pulgarcitos, anónimos, anuncian con su voz difusa que esos dinosaurios –que alcanzan tanto más volumen cuanto que están en vías de extinción– ignoran la emergencia de nuevas competencias. Aquí presente.

Si consultó previamente un buen sitio en la Red, Pulgarcita (nombre de código para el estudiante, el paciente, el obrero, el empleado, el administrado, el viajero, la electora, el viejito o el <jubil>ado, qué digo yo, el niño, el consumidor, en suma: el anónimo de la plaza pública, al que se llamaba ciudadana o ciudadano) puede saber tanto o más, sobre el tema que se trata, la decisión por tomar, la información anunciada, el cuidado de sí... que un maestro, un director, un periodista, un responsable, un gran patrón, un elegido, un presidente incluso, todos elevados al pináculo del espectáculo y preocupados por la gloria. ¿Cuántos oncólogos confiesan haber aprendido más en los blogs de las mujeres afectadas de cáncer de seno que en sus años de facultad? Los especialistas en historia natural ya no pueden ignorar lo que dicen, en línea, los granjeros australianos sobre las costumbres de los escorpiones o los guías de los parques pirineos sobre el desplazamiento de las bicerras. Compartir simetriza la enseñanza, los cuidados, el trabajo; la escucha acompaña el discurso; la inversión del viejo iceberg favorece una circulación en doble sentido. El colectivo, cuyo carácter virtual se ocultaba, miedoso, bajo la muerte monumental, deja el lugar a lo *conectivo*, virtual verdaderamente.

Al final de mis estudios, cuando tenía veinte años, me convertí en epistemólogo, palabra mayor para decir que estudiaba los métodos y los resultados de la ciencia, tratando a veces de juzgarlos. Éramos pocos en la época a través del mundo; nos escribíamos cartas. Medio siglo más tarde, cualquier Pulgarcito de la calle zanja sobre la nuclear, las madres portadoras, los OGM, la química, la ecología. Ahora cuando ya no pretendo estar en esa disciplina, todo el mundo hoy se vuelve epistemólogo. Existe *presunción de competencia*. No os riáis, dice Pulgarcita: cuando la llamada democracia le dio derecho al voto a todos, debió hacerlo contra los que se escandalizaban de que se le otorgara, de manera equivalente, a los sabios y a los locos, a los ignorantes y a los instruidos. El mismo argumento regresa ahora.

Las grandes instituciones que acabo de citar, cuyo volumen ocupa aún todo el decorado y el telón de lo que llamamos aún nuestra sociedad, mientras que ella se reduce a una escena que pierde todos los días alguna plausible densidad, al no tomarse ni siquiera el trabajo de renovar el espectáculo y aplastando con su mediocridad a un pueblo socarrón, esas grandes instituciones, me gusta volverlo a decir, se parecen a aquellas estrellas de las que recibimos la luz, pero de las que el astrofísico calcula que murieron hace ya mucho tiempo. Por primera vez sin duda en la historia, el público, los individuos, las personas, el transeúnte común y corriente como se decía hasta hace poco, en suma: Pulgarcita, podrán y pueden detentar al menos tanta sabiduría, ciencia, información, capacidad de decisión, como la que tienen los dinosaurios en cuestión, a los que servimos aún como esclavos sumisos, la voracidad en energía y la avaricia en producción. Cómo prende la mayonesa, esas mónadas solitarias se organizan, lentamente, una a una, para formar un nuevo cuerpo, sin ninguna relación con esas instituciones solemnes y perdidas. Cuando esta lenta constitución se dé vuelta de repente, como el iceberg que mencionamos, nos dirán que no vieron cómo se preparaba el acontecimiento.

La mencionada inversión afecta también claramente a los sexos; estos últimos decenios vieron la victoria de las mujeres, más trabajadoras y serias en la escuela, en el hospital, en la empresa... que los machos dominantes, arrogantes y flojuchos. Por esto este libro se llama *Pulgarcita*. Toca también las culturas, puesto que la Red favorece la

multiplicidad de las expresiones y, pronto, la traducción automática, mientras que apenas salimos de una era en que la dominación gigante de una sola lengua había unificado dimes y diretes, y pensamientos, en la mediocridad, esterilizando su innovación. En suma, compromete todas las concentraciones, incluso productivas e industriales, también lengüeriles, por supuesto culturales, para beneficiar distribuciones amplias, múltiples y singulares.

He acá la notación finalmente generalizada; tenemos aquí el voto generalizado para una democracia generalizada. Todas condiciones reunidas para una primavera occidental... salvo que los poderes que a ella se oponen ya no utilicen acá la fuerza sino la droga. Pongamos un ejemplo sacado de lo cotidiano: las cosas mismas pierden su nombre común para dejar sitio a los nombres propios de marcas. Ocurre lo mismo con toda información, incluida la política, puesta en escena en arenas iluminadas donde parecen combatir sombras sin ninguna relación con la realidad. La sociedad del espectáculo transforma pues la lucha, dura antaño y en otras partes por medio de barricadas y cadáveres, en una desintoxicación heroica que nos purgaría de los somníferos distribuidos por tantos dispensadores de embotamiento...

Elogio de la obra de taracea

... que, para conservar el viejo estado de cosas, usan el argumento que tiene que ver con la simplicidad; ¿cómo administrar la complejidad tan anunciada por voz y susurro, disparatada y composite, desorden? Veamos. Agarrada en la red, una dorada trata de zafarse de ella, pero más se enreda en cuanto que más se agita por liberarse; vibrantes, las moscas se aprisionan en las telas de araña; los escaladores que se cruzan en una pared, frente al peligro, entremezclan tanto más sus cuerdas cuanto que se apresuran a deshacer el embrollo. Los administradores a menudo redactan directivas para reducir la complejidad administrativa e, imitando a los alpinistas, terminan por multiplicarla. ¿Se reduce a un estado de cosas tal que toda tentativa para simplificarla la complica?

¿Cómo analizarla? Por el crecimiento del número de elementos, su diferenciación individual, la multiplicación de las relaciones entre ellos y de las intersecciones entre esas vías. La teoría de grafos y la informática tratan de estas figuras en red cruzada que la topología llama un simplejo. En historia de las ciencias, esta complejidad aparece como un signo de que no se está utilizando el buen método y que es necesario cambiar de paradigma.

Multiplicidades conexas de este orden caracterizan a nuestras sociedades, donde el individualismo, las exigencias de las personas o de los grupos, y la movilidad de los sitios, crecen juntos. Todo el mundo en la actualidad teje sus propios simplejos y se desplaza en otros. Hace un rato, Pulgarcita se desplazaba en un espacio mezclado, atigrado..., en un laberinto, ante un mosaico de colores del caleidoscopio. Como la libertad se refiere a cada uno y exige que él goce de manos libres y de codos francos, nadie ve por qué simplificar esta exigencia de la democracia. Las sociedades simples nos conducen en efecto a la jerarquía animal, bajo la ley del más fuerte: haz piramidal en la cima única y en la base amplia.

Que la complejidad prolifera ¡en hora buena! Pero ella cuesta: multiplicación y longitud de las filas de espera, pesadeces administrativas, acumulaciones en las calles, dificultad de interpretar leyes sofisticadas cuya densidad hace en efecto que aminore la libertad. Se paga siempre en la moneda que se gana.

Ese costo pasa por otra parte por ser una de las fuentes del poder. Por esto los ciudadanos sospechan que sus representantes no quieren reducir la llamada complicación, acumulando sus directivas para parecer desear reducirla, pero de hecho multiplicándola, como las doradas en la red.

Elogio del tercer soporte

Ahora bien, lo repito, la historia de las ciencias conoce el descuelgue que se sigue de este tipo de crecimiento. Cuando el antiguo modelo de Ptolomeo hubo de acumular decenas de epiciclos que hacían ilegible y complicado el movimiento de las astros, hubo que cambiar de figura; se desplazó hacia el Sol el centro del sistema y todo se volvió límpido. Sin duda, el código escrito de Hammurabi puso fin a dificultades sociojurídicas que tenían que ver con el derecho oral. Nuestras complejidades vienen de una crisis del escrito. Las leyes se multiplican, inflan el *Diario oficial*. La página se encuentra al final de la carrera. Es preciso cambiar. La informática permite este relevo. Esperamos y nos empujamos en filas ante las ventanillas; en medio de tantos embotellamientos interminables, es muy posible incluso matar a su padre en una encrucijada, sin saber, por una querella de prioridad. Ahora bien, la velocidad electrónica evita las lentitudes del transporte real y la transparencia de lo virtual anula los choques en las intersecciones, por tanto las violencias que ellas implican.

¡Qué la complejidad no desaparezca! Ella crece y crecerá porque cada uno aprovecha de la comodidad y de la libertad que ella procura; ella caracteriza la democracia. Para reducir su costo, es suficiente con quererlo. Algunos ingenieros pueden resolver este problema pasando al paradigma informático, cuya capacidad conserva, e incluso deja, crecer el simplejo; pero el recorrido pronto suprime pues, lo repito, filas o embotellamientos, y borra los choques. El perfeccionamiento de un programa idóneo para un pasaporte virtual y válido para todos los datos personales y publicables puede exigir algunos meses, pero no más. Se requerirá claramente un día colocar en un nuevo y único soporte el conjunto de esos datos. Por el momento, se reparte en diversas cartas de las que el individuo comparte la propiedad con muchas instituciones, privadas o públicas. Pulgarcita –individuo, cliente, ciudadano– ¿dejará indefinidamente al Estado, los bancos, los almacenes de cadena... apropiarse de sus datos propios, en tanto que ellos se vuelven hoy una fuente de riqueza? Este es un problema político, moral y jurídico cuyas soluciones transforman nuestro horizonte histórico y cultural. De ello puede resultar una reagrupación de los repartos sociopolíticos para el advenimiento de un quinto poder, el de los datos, independientemente de los otros cuatro: legislativo, ejecutivos, judicial y mediático.

¿Qué nombre pondrá Pulgarcita en su pasaporte?

Elogio del nombre de guerra

El nombre de mi heroína no indica "alguien de su generación", "cualquier adolescente de hoy", expresión de menosprecio. No. No se trata de extraer un elemento x de un conjunto A, como se dice en teoría. Única, Pulgarcita existe como individuo, como una persona, no como una abstracción. Esto requiere una explicación.

¿Quién recuerda la antigua partición, en Francia y en otras partes, entre las cuatro facultades: letras, ciencias, derecho y medicina-farmacia? Las primera cantaban el *ego*, el yo personal, lo humano de Montaigne, así como el nosotros de los historiadores, lingüistas y sociólogos. Describiendo, explicando, calculando el *esto*, las facultades de ciencias enunciaban leyes generales, por no decir universales, Newton para la ecuación de los astros, Lavoisier en el bautismo de los cuerpos. Puestos la medicina y el derecho de terceros, accedían juntos quizás sin comprenderlo, a una manera de conocer que ignoran las ciencias y las letras. Uniendo lo general y lo particular, nació en esas facultades jurídicas y médicas, un tercer sujeto... uno de los ancestros de Pulgarcita.

Primero su cuerpo. Hasta muy recientemente, una plancha de anatomía mostraba un esquema: de la cadera, de la aorta, de la uretra..., dibujo abstracto, cuasi

geométrico, general. De acá en adelante, ella reproduce una IRM de la cadera de tal viejo de ochenta años, la aorta de esta chica de dieciséis años... Aunque individuales, esas imágenes tienen un alcance genérico y cualitativo. Casuistas, estudiando un caso, los jurisconsultos romanos tenían la costumbre así de designar un sujeto citado en una causa tratado bajo el nombre de Gaius, o Cassius: *nombres de código, nombres de guerra o de pluma, pseudónimos,* únicos en dos personas: *individuales* y *genéricos*. Esos nombres tienden un puente en efecto general y particular; dobles si se lo quiere, valen para lo uno y para lo otro.

Escuchad por Pulgarcita un nombre de código para *tal* estudiante, ese paciente, este obrero, aquel campesino, ese elector, aquel pasante, este ciudadano... *anónimo, ciertamente, pero individuado*. No tanto un elector que cuenta por uno en los sondeos, sino un telespectador que cuenta por uno en el Audimat; no tanto una cantidad como una cualidad, una existencia. Como antaño el soldado desconocido, cuyo cuerpo yace aquí verdaderamente, y que el análisis de sus ADN individualizaría, este anónimo es el héroe de nuestro tiempo.

Pulgarcita codifica este anonimato.

Algorítmico, procedural

Observad ahora a Pulgarcita manipular un teléfono inteligente y dominar con los pulgares los botones, juegos o motores de búsqueda; ella despliega sin hesitación un campo cognitivo que una parte de la cultura anterior, la de las ciencias y la de las letras, durante mucho tiempo dejó en barbecho, que se puede llamar "procedural". Estas manipulaciones, esta gestual, sólo nos servían antiguamente, en la escuela elemental, para plantear de manera correcta las operaciones simples de la aritmética, y quizás también a veces, para administrar artificios retóricos o gramaticales. Estando en camino de competir con lo abstracto de la geometría como también con lo descriptivo de las ciencias sin matemáticas, estos procedimientos penetran en la actualidad el saber y las técnicas. Ellas forman el pensamiento *algorítmico*. Éste comienza a comprender el orden de las cosas y a servir nuestras prácticas. Antaño hacía parte, al menos a ciegas, del ejercicio jurídico y del arte médico. Los dos se enseñaban en las facultades separadas de los ciencias y de las letras porque, precisamente, utilizaban recetas, encadenamientos de gestos, series de formalidades, maneras de proceder, sí, procedimientos.

De acá en adelante, el aterrizaje de aeronaves en pistas frecuentadas; los enlaces aéreos, ferroviarios, ruteros, marítimos, en un continente dado; una larga operación quirúrgica del riñón o del corazón; la fusión de dos sociedades industriales; la solución de un problema abstracto de los que exigen una demostración desarrollada en centenares de páginas; el diseño de un chip, la programación; la utilización del GPS... exigen conductas diferentes de la deducción del geómetra o de la inducción experimental. Lo objetivo, lo colectivo, lo tecnológico, lo organizacional... se someten más en la actualidad a ese *cognitivo algorítmico o procedural*, que a las abstracciones *declarativas* que, nutriendo a las ciencias y a las letras, la filosofía consagra desde hace más de dos milenios. Simplemente analítica, ésta no ve en la actualidad cómo se instaura ese cognitivo, y entonces no acierta con el pensamiento, no solamente con sus medios sino con sus objetos y también con su sujeto. No atina con nuestro tiempo.

Emergencia

Esta novedad no es nueva. El pensamiento algorítmico, que precedió la invención de la geometría en Grecia, volvió a emerger en Europa con Pascal y Leibniz, que inventaron dos máquinas de cálculo y, como Pulgarcita, llevarán pseudónimos. Formidable, pero entonces discreta, esta revolución pasó desapercibida por los filósofos, nutriendo a las

ciencias y a las letras. Entre la formalidad geométrica –las ciencias– y la realidad personal –las letras– advenía, desde aquella época, una nueva cognición de los hombres y de las cosas, ya prevista en el ejercicio de la medicina y del derecho, los dos preocupados por reunir jurisdicción y jurisprudencia, enfermo y enfermedad, universal y particular. Emergía allá nuestra novedad.

Mil métodos eficaces utilizan de acá en adelante, en efecto, procedimientos o algoritmos. Heredera directa de la Creciente fértil de antes de Grecia, de Al Kwarismi (sabio persa que escribía en árabe), de Leibniz y de Pascal, esta cultura hoy, invade el área de la abstracción y de lo concreto. Letras y ciencias pierden una vieja batalla de la que dije antaño que había comenzado con el *Menón*, diálogo de Platón en el que Sócrates geómetra menosprecia a un pequeño esclavo que, lejos de demostrar, usa procedimientos. A este servidor anónimo yo lo llamo hoy Pulgarcito; ¡le gana a Sócrates! Regreso más que milenario ¡en la presunción de competencia!

La nueva victoria de esos viejos procedimientos viene de que lo algorítmico y lo procedural se apoyan en códigos... Regresamos a los nombres.

Elogio del código

Tenemos acá precisamente un término (*codex*) que todo el tiempo ha sido común al derecho y a la jurisprudencia, a la medicina y a la farmacia. Ahora bien, hoy, la bioquímica, la teoría de la información, las nuevas tecnologías, se apoderan de él y por allí lo generalizan al saber y a la acción en general. Antiguamente y hasta hace poco, el vulgo no entendía ni jota de los códigos jurídicos ni de aquellos de los medicamentos; abierta y cerrada, su escritura sin embargo visible sólo era legible para los doctos. Un código se parecía a una moneda de dos lados, cara y sello, contradictorios; accesible y secreto. Desde hace poco vivimos en la civilización del acceso. El código se ha vuelto el correspondiente lingüístico y cognitivo de esta cultura, que lo permite o lo prohíbe. Ahora bien, como precisamente el código instituye un conjunto de correspondencias entre dos sistemas que han de traducirse el uno en el otro, él posee las dos caras que necesitamos en la circulación libre de los flujos de los que acabo de describir la novedad. Es suficiente con codificar para preservar el anonimato dejando libre el acceso.

Ahora bien, el código es el viviente singular; ahora bien, el código es tal hombre. ¿Quién soy yo, yo, único, individuo, genérico igualmente? *Una cifra indefinida, descifrable, indescifrable*, abierto y cerrado, social y púdico, accesible-inaccesible, público y privado, íntimo y secreto, desconocido a veces por mí y exhibido al mismo tiempo. Existo, por tanto soy un código, calculable, incalculable como la aguja de oro perdida en el montón de paja donde disimula su brillo. Mi ADN, por ejemplo, a la vez abierto y cerrado, cuya cifra me ha construido carnalmente, íntimo y público como las *Confesiones* de san Agustín, ¿cuántos signos? *La Joconda*, ¿cuántos pixeles? El *Requiem* de Fauré, ¿cuántos bits?

Medicina y derecho nutren desde hace mucho tiempo esta idea del hombre como código. El saber y las prácticas la confirman hoy, cuyos métodos utilizan *procedimientos* y *algoritmos*; el código hace nacer un nuevo *ego*. ¿Personal, íntimo, secreto? Sí. ¿Genérico, público, publicable? Sí. Mejor aún, los dos; doble, ya lo he dicho del pseudónimo.

Elogio del pasaporte

Se dice que los antiguos egipcios distinguían el cuerpo humano de su alma, como nosotros, pero le añadían a esta dualidad un doble, Ka. Ciertamente, sabemos reproducir el cuerpo, afuera, por medio de ciencia, pantallas y fórmulas; y describir el alma íntima, en *Confesiones*, como Rousseau, ¿cuántos signos? De la misma manera,

¿puedo reproducir mi doble, accesible y publicable aunque indefinido y secreto? Es suficiente con codificarlo. Si generalizamos a todos los datos posibles, íntimos, personales y sociales, la carta Vital, por ejemplo, inventamos un Ka, pasaporte universal codificado: abierto y cerrado, doble público y secreto, sin contradicción. ¿Qué habrá menos extraño? Aunque trata de pensar por mí mismo, hablo en lengua común.

Este *ego* puede, en alma y conciencia, confesarse suavemente, pero también deslizarse, en materia plática dura, en el bolsillo. Sujeto, sí; objeto, sí; doble pues, también. Doble como un paciente, adolorido singularmente, pero ofrecido como un paisaje a la mirada médica. Doble, competente, incompetente... doble como un ciudadano, público y privado.

Imagen de la sociedad de hoy

En tiempos inolvidables, algunos héroes quisieron construir una torre alta, juntos. Venidos de tierras distintas, hablando idiomas intraducibles, no lo lograron. Si no hay comprensión no hay manera de formar equipo, no hay colectivo, no hay edificio. La torre de Babel apenas si salió de tierra. Pasaron miles de años.

Desde que en Israel, en Babilonia o hacia Alejandría, profetas o escribas lograron escribir, muchos equipos se volvieron posibles, y la pirámide ascendió, así como el templo y el zigurat. Acabaron. Miles de años pasaron.

Una bella mañana, en París, una reunión humana llamada Exposición universal dio lugar a un ensayo parecido. En su página, una cabeza experta dibujó un plano y, luego de elegir los materiales, calculó su resistencia y entrelazó cruceros de acero hasta trecientos metros de altura. Desde entonces, la torre Eiffel vigila desde la orilla izquierda del Sena.

Desde las pirámides de Egipto hasta ésta, las primeras en piedra, la última en hierro, la forma global se mantiene estable; estable en el estado, estable como el Estado, estas dos palabras no son sino una. El equilibrio de lo estático converge en el modelo del poder, invariante a través de diez variaciones a aparentes, religiosas, militares, económicas, financieras, expertas..., potencia siempre detentada por algunos desde las alturas, estrechamente unidos por el dinero, las fuerzas armadas o cualquier otro aparato propio para dominar una base ancha y baja. Entre el monstruo de roca y el dinosaurio de hierro, no hay cambio notable, la misma forma que se muestra más calada, transparente, elegante en París, compacta y recogida en el desierto, en todo caso con una punta en la cima, y con una base amplia.

La decisión democrática no cambia en nada este esquema. Sentaos en rueda en el suelo, y seréis iguales, decían los antiguos griegos. Astuta, esta mentira hace como si no viera, en la base de la pirámide o de la Torre, el centro de la asamblea que marca en el piso la proyección de la cima piramidal, el lugar donde aterriza su cima sublime. Centralismo democrático, decía en aquel entonces los partidos comunistas, retomando la vieja ilusión escénica, mientras en el centro próximo velaban Stalin y sus agentes fanáticos, que deportaban, torturaban, mataban. A falta de un cambio real, nosotros, sujetos de la periferia, preferimos una potencia lejana, bien en lo alto del eje, que ese aterrorizador vecino. Nuestros mayores, en Francia, hicieron la Revolución no tanto contra el rey, más bien popular, como para suprimir al pícaro barón vecino.

Keops, Eiffel, mismo Estado.

Michel Authier, conceptor genial, conmigo su asistente, proyectamos encender un fuego o plantar un árbol frente a la torre Eiffel en la orilla derecha del Sena. En computadores, dispersos aquí y allá, cada uno introducirá su pasaporte, su Ka, imagen anónima e individuada, su identidad codificada, de suerte que una luz láser, que brota y de colores, saliendo del suelo y reproduciendo en la cima innumerables cartas de

identidad, mostrará la imagen que surge de la colectividad, así formada virtualmente. Por sí mismo, cada quien entrará en este equipo virtual y auténtico que unirá, en una imagen única y múltiple, todos los individuos que pertenecen al colectivo diseminado, con sus cualidades concretas y codificadas. En este icono alto, tan alto como la torre, las características comunes se reunirán en una especie de tronco, las más raras en ramas, y las excepcionales, en hojas y retoños. Pero como esta suma no dejará de cambiar, que cada uno con cada uno, y que cada uno luego de cada uno se transformaría día a día, el árbol así levantado vibraría locamente, como abrazado de llamas danzantes.

Frente a la Torre inmóvil, ferrosa, que lleva orgullosamente el nombre del autor y que olvida los de los miles que trabajaron en la obra, de los que algunos murieron allí; frente a la Torre que en lo alto lleva uno de los emisores de la voz de su amo, danzará, nueva, variable, móvil, fluctuante, abigarrada, atigrada, anubada, entarascada, mosaico, musical, caleidoscópica, una torre voluble en flamígera luz cromática, que representa al colectivo conectado, tanto más real por los datos de cada uno, cuanto que se presentará virtual, participativa, decididora cuando se lo quiera. Volátil, vive y suave, la sociedad de hoy arroja mil lenguas de fuego al monstruo de ayer y de antaño, duro, piramidal y congelado. Muerto.

Babel, estadio oral, nada de torre. De las pirámides a Eiffel, estadio escrito, Estado estable. Árbol en llamas, novedad vivaz.

Encantada pero severa, Pulgarcita dice: si permanecéis en París, os encuentro viejos a los dos. Haced que arda ese árbol volátil en las orillas del Rin, para que allí dancen también en imagen mis amigas alemanas; en lo alto de la garganta Agnel, para cantar con mis colegas italianas; a lo largo del bello Danubio azul, sobre las orillas del Báltico... Verdades más allá del Mediterráneo, del Atlántico y de los Pirineos, verdades más allá, hacia los turcos, íberos, magrebinos, congoleses, brasileños...

Enero de 2012.

Tabla de materias

1. Pulgarcita _____ 3
2. Escuela _____ 13
3. Sociedad _____ 23

El mundo cambió a tal punto que los jóvenes deben reinventarlo todo.
Nuestras sociedades occidentales han vivido ya dos revoluciones: el paso de lo oral a lo escrito, y luego de lo escrito a lo impreso. Como cada una de las precedentes, la tercera, tan decisiva, se acompaña de mutaciones políticas, sociales, cognitivas. Son períodos de crisis.
Del empuje de las nuevas tecnologías, un nuevo humano ha nacido; Michel Serres lo bautiza "Pulgarcita", guiño a la maestría con la que los mensajes salen de sus pulgares.
Pulgarcita va a tener que reinventar una manera de vivir juntos, instituciones, una manera de ser y de conocer... Comienza una nueva era que verá la victoria de la multitud, anónima, sobre las élites dirigentes, bien identificadas; del saber discutido sobre las doctrinas enseñadas; de una sociedad inmaterial libremente conectada sobre la sociedad del espectáculo de sentido único...
Este libro le propone a Pulgarcita una colaboración entre generaciones para poner en funcionamiento esta utopía, única realidad posible.

Profesor en Stanford University, miembro de la Academia francesa, Michel Serres es el autor de numerosos ensayos filosóficos y de historia de las ciencias, de los que los últimos, Tiempo de crisis *y* Música *han sido ampliamente saludados por la prensa. Es uno de los raros filósofos contemporáneos que propone una visión del mundo que asocia las ciencias y la cultura.*

Juan Gonzalo 1850